

De Aristocracia a Élite: El descenso

Sumario

De Aristocracia a élite: El descenso

Resumen

Los peligros de los sistemas democráticos actuales y sus falacias igualitaristas reflejadas en una homogeneización de ciudadanos a la postre más manejables, motivan reflexiones para refrenarles. La monarquía y la aristocracia hereditarias pueden aportar elementos para una convivencia razonable además de ventajas práctico – pragmáticas en esta era de la corrupción masiva, la tecnoburocracia y la manipulación de la sociedad por los medios de comunicación. Es necesario un modelo social que sepa combinar testimonios de su pasado histórico y de la esfera simbólica con un funcionamiento adecuado de sus aparatos administrativos, consagrados exclusivamente al bien común.

Palabras clave: *Aristocracia, élite, sistemas democráticos, monarquía, legitimidad, gobernabilidad*

Abstract

The dangers of the current democratic systems and their equalitaristic fallacies that shows a homogenization of citizens which have become more manageable at last, motivates us to reflect and to refrain them. The Monarchy and the hereditary Aristocracy can contribute elements for a reasonable coexistence as well as practical-pragmatic advantages in this era of massive corruption, tecnoburocracy and manipulation of society for media purposes, as it is necessary for a society to know how to combine testimonies of its historical past and symbolism with an appropriate management of its administrative apparatus, consecrated exclusively for the benefit of its citizens.

Key Words: *Aristocracy, elite, democratic systems, monarchy, legitimacy.*

Artículo: *recibido, agosto 16 de 2003; aprobado, octubre 14 de 2003*

H. C. Felipe. Mansilla: *Magister en Ciencias Políticas, Universidad Libre de Berlín; Doctor en Filosofía, Universidad Libre de Berlín.*

Correo electrónico: *hcf.mansilla@yahoo.com*



De Aristocracia a Élite: El descenso

H. C. Felipe. Mansilla

Desde *Tucídides* conocemos los excesos y las necesidades a las cuales puede llegar un régimen democrático y un gobierno legalmente electo. Los peligros de la olocracia, así como la estulticia de la democracia de masas y los riesgos inherentes a los modelos plutocráticos actuales -- legitimizados por elecciones de amplia participación popular -- motivan reflexiones en torno de mecanismos para refrenarlos. La monarquía y la aristocracia hereditarias pueden aportar elementos para una convivencia razonable, sin que ésto sea necesariamente interpretado como el retorno a un paradigma irracional y anacrónico. En este sentido, el conocido argumento de *Burke* es digno de ser tomado en cuenta: la forma estatal de una nación no puede reducirse a ser la elección popular de un día, que puede ser influida por las bajas pasiones de las masas; la monarquía y las instituciones conformadas por el derecho hereditario han sido el resultado de la elección de las edades y los tiempos. Cuanto más tiempo dura una institución, más sólida puede resultar, y hasta es probable que haya funcionado adecuadamente a través de avatares cambiantes (Burke, 1910, Burke citado en Sabine, 1996, pp. 608-618, & Chevallier, 1996, pp. 195-212).

A primera vista ésto parece una apología habitual de hábitos precientíficos y predemocráticos y de las convenciones socio-políticas correspondientes al obscurantismo, pero la cosa no es tan simple. El racionalismo del siglo XVIII tuvo -- como cualquier obra humana -- sus limitaciones; durante el siglo XX hemos experimentado hasta el hartazgo las consecuencias de una racionalidad instrumentalista que no conoce fronteras a sus designios, muchas veces luciferianos, y que en la praxis generalmente se reduce a concebir los medios más eficaces para fines que quedan fuera del análisis crítico. Burke examinó los peligros inherentes a una razón universalista, abstracta y sin fronteras morales, como la derivada de la Ilustración y la Enciclopedia, cuando ésta es aplicada desde el centro del poder sin consideraciones por las circunstancias específicas de tiempo y lugar: los jacobinos en el ejercicio del poder -- con mucha fruición y poca modestia -- trataron de hacer *tábula rasa* de la sociedad que les tocó organizar, con resultados conocidos. El desembarazarse del "yugo de los prejuicios" puede dar (y ha dado) paso a un nuevo fanatismo, frío, mecánico e implacable, porque está fundamentado en la ciencia y el progreso. La liquidación de instituciones y normas premodernas, como el culto religioso, las jerarquías fundadas en privilegios y los derechos hereditarios, tiene evidentemente su lógica histórica, pero lleva asimismo al predominio irrestricto de un nuevo dogmatismo individualista, abstracto y despersonalizado, cuyos rasgos negativos han sido criticados desde entonces por románticos y marxistas, conservadores y utopistas. Burke se percató de que el carácter impersonal y burocrático del nuevo régimen surgido de la Revolución Francesa empezaba por la abolición

de la monarquía y la supresión de la nobleza y terminaba en la guillotina.

Las falacias del igualitarismo democrático fueron desveladas por *De Tocqueville*; libertad e igualdad no son necesariamente congruentes, y la corriente en favor de la última ha acarreado serias amenazas a la primera, sobre todo mediante las versiones del mesianismo radical tan en boga durante el siglo XX. El despotismo igualitarista genera “ciudadanos” cortados todos por la misma medida e imbuidos de los mismos principios, quienes, precisamente por ello, resultan a la postre más manejables por el poder central. Existe, entonces, el peligro de un nuevo totalitarismo: más suave en su aplicación, más tecnificado en sus procedimientos, pero más extendido y más penetrante: similar a la “jaula de hierro de la servidumbre” que previó *Weber* para la sociedad racional-burocrática del futuro. Tocqueville no fue el único que hizo una curiosa observación: la misma gente que destruye tronos y monarquías se deja manejar temblorosa por un mero escribiente de la burocracia moderna. Por otra parte, el ascetismo exagerado y la exigencia de una igualdad liminar son ideologías justificatorias que tratan de disimular y compensar un profundo y fuerte sentimiento de envidia. La mayoría de los afectos antiaristocráticos se nutren de esa experiencia de envidia, que es una de las características más profundas y duraderas de la psique humana. Se puede afirmar que la envidia es algo más vigoroso y resistente que el anhelo de libertad, y resulta, bajo el ropaje de la igualdad, mucho más peligrosa para una sociedad razonable que jerarquías basadas en principios hereditarios. En el fondo, los igualitaristas desarrollan un apetito incontrolable por diversiones baratas e indignas, por honores circunstanciales y, sobre todo, por bienes materiales; estos designios culminan en el régimen menos igualitario que uno puede imaginarse, en la plutocracia. Su peligrosidad se deriva de su carácter engañoso y larvado: el millonario que ve los mismos programas de televisión que sus empleados o el primer secretario del partido comunista que se viste como el obrero modesto disimulan la inmensa concentración de poder que tienen en manos y encumbren la colosal distancia que existe entre élite y masa. Esto se percibió durante la llamada Gran Revolución Cultural Proletaria en la China (1966-1976), que tenía poco de proletaria y nada de cultural. Entonces se abolieron temporalmente las insignias y los distintivos de los rangos militares del Ejército Rojo: el mariscal y el soldado llevaban la misma indumentaria. Pero el uno podía disponer sobre la utilización

de todo tipo de hombres y recursos (incluyendo el armamento atómico), mientras que al otro le quedaba sólo el privilegio de obedecer.

Para Tocqueville lo deseable sería la combinación de libertad con democracia, pero tal posibilidad no ha sido la regla histórica. Como no todos pueden exhibir un talento natural y lograr un buen desempeño individual, la “solución” democrática es rebajar la calidad y las normas para todos. La igualdad que se logra consiste a menudo en un descenso general de los niveles alcanzados en numerosas esferas, por ejemplo en la formación intelectual, la calidad de la enseñanza universitaria, la ética en cuestiones políticas, la estética y el ornato públicos. Ante los avances de la centralización democrática, Tocqueville sostuvo que los individuos están inermes frente a los nuevos y grandes peligros de la burocracia que trata a todos de manera igualitaria. Para evitar los efectos de este nuevo despotismo propugnó algunos remedios: fortalecimiento de las libertades municipales y provinciales, la supervivencia de las asociaciones de notables, el cultivo de la virtud civil y el ejercicio de la religión. Como lo advirtió Tocqueville los regímenes autoritarios, independientemente de su contenido ideológico y socio-económico, prefieren una sociedad uniforme. “A Richelieu le hubiera gustado la idea de conformar una sola clase de ciudadanos: una misma superficie facilita el ejercicio del poder” (*De Tocqueville*, 1969, pp. 20). La centralización, cuya obra fue comenzada por la monarquía absolutista y concluida por la Revolución Francesa, implicó no sólo la abolición de los poderes autónomos y regionales, sino que conllevó también el control de los recursos y de las consciencias de parte de una burocracia que se revela como difícil de ser controlada desde abajo.

El despotismo florece mejor allí -- afirmó Tocqueville -- donde la aristocracia hereditaria ha sido despojada de todas sus prerrogativas, donde las diferencias sociales han sido aplanadas radicalmente, donde los ciudadanos están expuestos sin mediaciones institucionales al poder omnímodo de la administración centralizada y donde los habitantes están consagrados exclusivamente al principio de rendimiento y desempeño individuales (*Ibid.*, pp. 12, 100). Donde impera la privatización de lo social y donde el dinero se transforma en el único criterio de éxito y distinción (es decir: en la evidencia de una vida bien lograda), allí emerge el totalitarismo moderno y la homogeneización de la existencia colectiva. Para corregir los prejuicios “progresistas” acerca del rol histórico de la aristocracia, Tocqueville acopió un interesante material empírico-documental en



torno a la excelente administración de la cual gozó el Languedoc durante un larguísimo tiempo, administración que estuvo en manos de la nobleza regional, y acerca del papel decisivo que jugó el estamento nobiliario durante la primera etapa de la Revolución Francesa para la formulación y la aprobación de los derechos del hombre y del ciudadano (Ibid, pp. 182- 190, 222- 230).

La religión representaría un dique contra la concepción -- tan popular a partir de la Revolución Francesa -- de que el Hombre y la sociedad son completamente maleables según los diseños de los iluminados en función de gobierno. La libertad y la democracia no pueden florecer en medio de un relativismo total de valores. Tocqueville fue también uno de los primeros analistas en mostrar la falta de perspectiva, la corruptibilidad y la chatura de las clases medias, de las cuales surgió la praxis del indiferentismo moral y del escepticismo doctrinario (de Tocqueville citado en Chevallier, 1966, pp. 226-254, Hornung & De Tocqueville en Schrenck- Notzing, 1978, pp. 63-74, & Gauchet citado por Rodel, 1990, pp. 123- 206).

Frente a estos peligros de la época contemporánea es adecuado dar un vistazo a fenómenos premodernos olvidados por la consciencia intelectual del presente. Lo aparente anticuado, como la monarquía, puede preservar valiosos elementos del mundo no racionalizado instrumentalmente y contribuir a dar un sentido de continuidad e identidad a la comunidad respectiva, precisamente porque contiene valores estéticos superiores y porque simboliza la continuidad con el pasado histórico de toda la humanidad: renegar de ese pasado (en el cual los regímenes monárquicos han sido la aplastante mayoría) apunta al designio patológico de no querer reconocerse en su propia génesis. Este es el caso del antropocentrismo, que rebaja la dignidad ontológica de todo aquello que se halle allende la esfera humana. En un pasaje poco conocido Marx hizo gala de este modo de pensar, aseverando que el interés de la nobleza por asuntos de ascendencia y origen tendría su lugar en el reino animal y sería, por consiguiente, algo muy inferior a lo genuinamente humano. Y con todo desprecio añadió: "El misterio de la nobleza es la zoología" (Marx, 1964, pp.126).

La estética pública de los regímenes monárquicos, desde sus normativas arquitectónicas hasta sus ritos de coronación, ha sido infinitamente superior al gusto pequeño burgués

de las repúblicas y a las modas triviales de las plutocracias; sus ceremonias, que incluyen elementos religiosos y casi mágicos, nos unen y, a veces, nos reconcilian con nuestra propia evolución histórica. La monarquía evoca un rasgo indeleble de la condición humana, que es la contingencia. El hecho de que la dignidad más alta del Estado pertenezca a alguien por la mera casualidad de su nacimiento nos recuerda que no todo lo pre-racional es irracional; las elecciones democráticas para el Jefe de Estado no han dotado al cargo supremo de personajes más talentosos, inteligentes, preparados, virtuosos, innovadores o simplemente más aptos que el sistema de la sucesión hereditaria. Y con ello se desvanece uno de los argumentos más vigorosos de la racionalidad democrática en contra de cargos hereditarios.

La monarquía tiene una ventaja práctico-pragmática invaluable en esta era de la corrupción masiva, la tecnoburocracia y la manipulación de la sociedad por los medios de comunicación: el símbolo supremo del Estado y la colectividad permanece fuera de la codicia y los afanes de la casta política. Por más que los aparatos partidarios se esfuercen en la desorientación del público y por más campañas millonarias que distraigan la opinión pública, la plutocracia y la élite del poder no podrán acceder al cargo más elevado de la nación.

En las monarquías prerrevolucionarias el rey era la representación de la estructura familiar, con todos sus factores positivos y negativos; entre él y los súbditos existió un vínculo personal, problemático es verdad, como toda relación entre padres e hijos, pero también llena de familiaridad y hasta de cierta confianza (cf. Elías, 1969, pp. 68 sg, & cf. Una opinión divergente, 1997, pp. A7)¹, tan diferente de los fríos vínculos que existen hoy entre los ciudadanos y su Jefe de Estado, quien rara vez sale de un anonimato burocrático. Precisamente hoy la legitimidad del poder supremo debería estar ligada a un aura que pueda sobrepasar el tedioso formulismo de la tecnoburocracia y la atmósfera de indiferencia y desafecto que caracteriza toda la esfera política, impregnada por la vulgaridad de los estratos medios dominantes del presente.

Es probable que la tiranía sea la forma histórica más remota y primera entre los modelos primigenios de ordenamiento social. Desde una perspectiva histórica de muy largo aliento la monarquía constitucional hereditaria se halla

¹ Hoy en día habría que mantener a los monarcas como se preserva a las momias en los museos: en la penumbra y la distancia (Una opinión divergente, 1997, pp. A7).

a mucha distancia de la tiranía atávica; está situada más bien entre los sistemas gubernamentales más razonables y aconsejables. Hay varias razones de distinta índole para esta afirmación. El monarca es el signo de la unidad de una sociedad; como representa el todo, está -- o debería estar -- por encima de los intereses particulares. Y paradójicamente se halla por encima de intereses particulares por obra de la causalidad, por el carácter contingente de su nacimiento. El azar de su encumbrado nacimiento *puede* ser una especie de garantía de no tener que pertenecer necesariamente a fracciones contendientes de la lucha política usual. Pero una precondition para esto es obviamente la existencia de una monarquía constitucional que no se entrometa en el campo de la consciencia, la religión, la ideología política y la programática gubernamental.

Los modelos sociales que han sobrevivido más tiempo son aquéllos que han sabido combinar testimonios de su pasado histórico y de la esfera simbólica con un funcionamiento adecuado de sus aparatos administrativos, consagrados exclusivamente al casi olvidado *bien común*. Hoy en día, sobre todo las monarquías, disponen de esa legitimidad derivada de la esfera simbólica y de una larga historia propia, aunada a un mínimo de ceremonial que recuerda la anterior vigencia de la religión en asuntos mundanos. Por lo demás, la casi totalidad de las monarquías que han sobrevivido hasta hoy son regímenes donde el rey no tiene otros poderes que los atribuidos de manera formal-general por la constitución y los específico-particulares otorgados por las leyes, también de acuerdo a preceptos constitucionales. Y es bueno que así sea. La crítica, a la cual *John Locke* sometió la monarquía absoluta y el derecho divino de los reyes, conserva toda su vigencia y frescura². Si la monarquía es posible hoy, entonces sólo bajo la forma de parlamentaria-constitucional; aquí se documenta la larga lucha de las sociedades europeas por la democracia pluralista y por el Estado de Derecho (Cf. Badía, 1975, *Ibid*, 1980, Cotarelo, Pérez, 1987, Verdú, 1986, & García, 1990, pp. 9-40).

La vocación monárquica de América Latina se manifiesta en nuestra época, según *J. M. Briceño Guerrero*, de forma perversa, oblicua, indirecta y "travestida". "A falta de un rey verdadero, reyezuelos de caricatura": dictadores que utilizan de modo exorbitante el látigo, séquitos de torvos secuaces, charreteras y sables, porque

buscan "llenar el vacío creado por la ausencia del manto y la corona, que no de la silla regia y del incienso" (Briceño, 1994, pp. 184 sq.). Es precisamente en el Tercer Mundo donde se puede constatar *ex negativo* la positividad de anteriores regímenes monárquicos -- que mantenían a raya trabajosamente los ímpetus de la cultura política del autoritarismo y de la corrupción masiva --, comparándolos con la calidad de vida y de la administración pública que vino después de la eliminación de la corona respectiva. Basta recordar algunos ejemplos recientes. Allí donde la monarquía fue abolida por fuerzas "progresistas" y con presunto apoyo popular, como en Aden (1967), Afganistán (1973), Burundi (1966), Etiopía (1974), Libia (1969), Irak (1958), Irán (1979), Laos (1975), Ruanda (1961), Uganda (1966), Vietnam (1955) y Yemen (1962) se establecieron regímenes casi totalitarios que han acarreado un claro desmedro de los derechos humanos, un inocultable retroceso en la cultura cívica y una degradación de la esfera educacional y cultural; en muchos de estos países se suscitaron, además, guerras civiles de extraordinaria duración y severidad. Pese a defectos notorios y a evidentes errores en las políticas de desarrollo, varias monarquías del Tercer Mundo han sabido mantener una porción de la antigua identidad nacional, un mínimo de orden público y un desenvolvimiento económico nada desdeñable, como lo testimonian los casos de Bhután, Brunei, Jordania, Lesotho, Malaysia, Marruecos, Nepal, Tailandia y Tonga. Ni siquiera en el ámbito islámico más tradicionalista, como Marruecos, puede afirmarse que la monarquía haya jugado permanente y exclusivamente un rol reaccionario. La corona no sólo ha propiciado una cautelosa modernización, preservando aspectos notables de la antigua y original identidad nacional, sino que ha ejercido una ejemplar función moderadora en un terreno bastante insólito en un país musulmán: los reyes de Marruecos -- y no su clase política, sus partidos izquierdistas o sus estratos medios educados -- se han destacado brindando una efectiva protección a la comunidad judía y evitando odiosas discriminaciones de lo extranjero³.

La discusión acerca de la aristocracia hereditaria no es tan extravagante y abstrusa como parece a primera vista. Todas las sociedades han conocido jerarquías sociales, grupos altamente privilegiados y desigualdades en los ingresos, la educación y el acceso al poder. Estas diferencias

² Sobre esta temática cf. el excelente compendio de Jean-Jacques Chevallier (Burke, 1910, pp. 93-106).- *Hegel* afirmó que a los monarcas constitucionales les queda el derecho de decir que sí y poner los puntos sobre las íes.

³ Como lo reconoce una publicación progresista: Beat Stauffer, *Unter dem Schutz des Königs. Juden haben in Marokko in guter Nachbarschaft mit muslimischen Bürgern gelebt* (Bajo la protección del rey. En Marruecos los judíos han vivido largo tiempo en buena vecindad con ciudadanos musulmanes), en: DER ÜBERBLICK (Hamburgo), vol. 35, N° 4, diciembre de 1999, pp. 64-66



y prerrogativas se han dado de modo particularmente agudo en aquellos experimentos sociales que han propugnado la abolición de los privilegios como uno de los elementos centrales de su identidad y programa. Desde los anabaptistas de Münster en 1534 hasta los regímenes del siglo XX inspirados en el marxismo, todos ellos han producido élites alejadas del pueblo llano, estratos sociales diferenciables y jerarquías difíciles de escalar. Marx y los grandes pensadores marxistas creyeron erróneamente que la abolición de la “burguesía” significaría el advenimiento de una sociedad definitivamente sin clases ni jerarquías sociales; supusieron además que la detestada burguesía encarnaba todos los males, y que su supresión conllevaría la desaparición de los aspectos negativos de la vida social (Bottomore & Rubel, 1965, pp. 17-43).

La realidad del siglo XX nos dejó otra lección: es difícilmente imaginable un estrato social más privilegiado, más cerrado y más celoso de sus prerrogativas que la clase gobernante que martirizó y expolió los atribulados estados socialistas hasta 1989/1991. En un trabajo clásico basado en materiales empíricos que apareció en 1911, *Michels* demostró que justamente los partidos de izquierda (la entonces socialdemocracia y agrupaciones afines), que pretendían representar a las clases explotadas e introducir una democracia “real” y no meramente “formal”, terminaban generando en su interior *oligarquías* altamente privilegiadas y legitimadas por el apoyo de las instancias inferiores de aquellos partidos. Toda organización político-partidaria, aun la más libertaria, denotaría una tendencia a la formación de dirigencias elitarias (*Michels*, 1970, pp. 25)⁴. La magnitud física y la rutina de las grandes instituciones, el aumento continuo de tareas y funciones, la incompetencia de las masas, la tradición de obedecer a los de arriba, la necesidad psíquica de una conducción por personas con autoridad natural (carisma), la especialización de roles y las destrezas organizativas y hasta intelectuales de los caudillos en los niveles medio y superior constituyen algunos de los factores que contribuyen al surgimiento de las oligarquías partidarias. “La organización es la madre del dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los que delegan”⁵. En el mundo moderno la superioridad técnica de la

administración burocrática sobre cualquier otra hace ilusorio, según Max Weber, todo modelo genuino de igualitarismo y socialismo (Weber, 1964, pp. 164, 218, 723 sqq.) -- lo que nos hace percibir también de manera más sobria y crítica los límites de todo régimen democrático.

Ningún partido obrero, socialista, comunista, trotskista o hasta anarquista ha quedado exento de esta evolución. Un ejemplo claro de ello, aunque poco conocido, representa la Revolución Cubana: su élite gobernante es asombrosamente estable y privilegiada, porque desde 1959 el pueblo está totalmente impedido de ejercer cualquier crítica seria. Muy tempranamente afirmó *Castro* que tres condiciones son “indispensables para la integración de un verdadero movimiento cívico: ideología, disciplina y jefatura. Las tres son esenciales, pero la jefatura es básica” (*Franqui*, 1981, pp. 518). La teoría y la praxis que privilegian a las élites se correlacionan con un menosprecio abierto de los ciudadanos comunes y corrientes, meros súbditos de la dictadura del “proletariado”. Como advirtió *Franqui*, la normativa cubana para la vida cotidiana es extraordinariamente convencional: “*dolce vita* arriba, austeridad abajo”⁶. El ejercicio del poder supremo e ilimitado depara a la dirigencia cubana un placer vigoroso e invariable, que posee connotaciones eróticas, aunque se trate de un poder exento del lujo, los oropeles y los símbolos honoríficos que lo engalanaron a lo largo de milenios; su fascinación por el armamento moderno y sofisticado y por todo lo relativo a lo militar es innegable. Al igual que los nuevos ricos de cualquier latitud, la nueva élite revolucionaria cubana siente una enorme admiración por las modas y los cachivaches técnicos de las naciones metropolitanas. Estos fenómenos nunca terminaron de asombrar a los actores, testigos y cronistas críticos de los movimientos socialistas radicales de muy distintas naciones y culturas⁷. En el marco de la Revolución Cubana la democracia practicada cotidianamente, la auto-organización de las masas, el espíritu crítico en el ámbito de la cultura y la espontaneidad en la existencia privada se han transformado en fenómenos superfluos y hasta peligrosos. Como en muchos otros casos, esta atmósfera autoritaria no fue jamás un óbice para que extensos grupos sociales cultiven un fervor ingenuo y fanático en favor del caudillo que encarna la gesta revolucionaria, entusiasmo

⁴ “Quien dice organización, dice tendencia a la oligarquía”.

⁵ *Ibid.*, p. 370 sq.

⁶ *Ibid.*, p. 272

⁷ *Ibid.*, p. 195.- Cf. las conocidas memorias de *André Gide*, *Arthur Koestler*, *Victor Serge*, *Ignazio Silone*, *Ervin Sinkó* y *Manès Sperber*.

que se revela como deplorable por ser fácilmente manipulable, aunque sus adherentes estén imbuidos de las intenciones más puras.

En este contexto es interesante consignar que aun los exponentes de la *Teología de la Revolución* admiten de modo explícito que una contraélite, los estudiantes universitarios y los intelectuales ciudadanos, deben conducir el proceso evolucionario sin muchos miramientos por los procedimientos democráticos, aunque estos mismos autores no se molestan en explicitar porqué tiene que haber necesariamente una revolución radical (Rendtorff & Todt, 1968, pp. 16, 34). Como lo vislumbró Weber al comienzo de la Revolución de Octubre (1958, pp.62 sq.)⁸, hasta los movimientos mesiánico-revolucionarios más radicales y sustentados por una ética de la fraternidad antioligárquica no pueden renunciar al aparato burocrático y policial, el cual, más temprano que tarde, exige, consigue y consolida sus privilegios: el disfrute del poder absoluto, la repartición de prebendas, la legitimación absolutoria de su actuación y la formación de estructuras jerárquicas. La horrorosa crónica del siglo XX mostró que los miembros de las élites izquierdistas sostenían en una mano *El Capital* (o las obras de Ernesto Che Guevara) y con la otra blandían el látigo y los decretos de industrialización forzada. Ellos constituyeron no sólo un estrato altamente privilegiado sino una especie de orden militar y religiosa que poseía el monopolio de la sabiduría y la verdad. Mezcla de iglesia y ejército (Paz, 1983, pp. 78 & Molnar, 1970, pp. 142 sqq, 207 sqq)⁹ llamó Paz a los partidos comunistas, que endiosaron al marxismo que ellos habían manipulado previamente; como administraban el saber indubitable estaban por encima de toda crítica e impugnación. En comparación con estas élites las aristocracias hereditarias de Europa Occidental han sido de una moderación ejemplar.

A la vista de este panorama desolador y en contra de prejuicios muy extendidos, sobre todo en el estrato intelectual, hay que recordar el rol histórico progresista que le cupo jugar a la aristocracia hereditaria. En la era de su máximo esplendor, la mal llamada época feudal, aparecieron los cimientos para la moderna democracia representativa. Según Moore en la denigrada Edad Media de Europa Occidental se dio el fenómeno, casi único a escala mundial, de la existencia continuada e institucionalmente afianzada

de estamentos más o menos autónomos con respecto al poder real; relevante fue también la concepción de la inmunidad de determinadas personas frente a un poder despótico o, por lo menos, arbitrario, quienes conformaron órganos casi independientes y duraderos de representación de sus intereses corporativos. La nobleza fue el más importante de estos estratos, precisamente a causa de su carácter hereditario, su riqueza y sus privilegios sólidamente reconocidos. Sólo en Europa Occidental se dio un cierto equilibrio entre el poder real y una representación casi parlamentaria de los intereses corporativos de la nobleza; luego, a lo largo de siglos, sus privilegios e inmunidades fueron traspasados paulatina pero seguramente a otros grupos y estamentos sociales más amplios. Este parlamentarismo incipiente, la institución del llamado convenio feudal entre señores y siervos (con derechos y deberes claramente establecidos), la idea de inmunidades frente a los máximos órganos estatales y el derecho de resistencia frente a malos gobiernos, configuraron la base del moderno Estado de Derecho y la democracia parlamentaria (Moore, 1974, pp. 477 sq.).

En innumerables sociedades del mundo entero han existido grupos sociales altamente privilegiados, mundos de riquezas quiméricas, pero no supieron constituir ni un estamento hereditario a lo largo de generaciones, ni una clase alta independiente en el campo económico, político y hasta cultural (Irurozqui, 1994). Durante siglos sólo la nobleza europea occidental ha conformado un estrato señorial organizado jurídicamente como instancia de derecho propio, con una ética y una estética diferentes del resto de la sociedad. No hay duda de que los privilegios de la nobleza nos parecen ahora odiosos, pero eran manifiestamente visibles; la transparencia ha sido una de las ventajas más serias del orden premoderno, tan alejada de la falsa igualdad que hoy encubre discretamente las prerrogativas de las élites contemporáneas. La nobleza fue el fundamento de los llamados *poderes intermedios* (tan apreciados por Montesquieu y Tocqueville), cuya relevancia fue esencial para evitar las amenazas siempre existentes de un gobierno absolutista.

Uno de los factores del éxito y perdurabilidad del régimen aristocrático en Gran Bretaña no ha sido sólo la sabia combinación de monarquía, aristocracia y democracia -- como lo postularon Aristóteles, Polibio y Cicerón --, sino también la

⁸ Como dijo Weber, las buenas intenciones engendran a menudo prácticas monstruosas: la consagración a la política es un pacto con potencias diabólicas (ibid., p. 60).

⁹ Las utopías más radicales y las teorías respectivas han presupuesto jerarquías sociales duras y rígidas y élites que poseían el monopolio del poder y de las coerciones de todo tipo.



flexibilidad operativa, aunada a la firmeza de principios, que ha exhibido su nobleza durante largos siglos. El gran estadista conservador *Disraeli (Earl of Beaconsfield)* [1804-1881], un intruso dentro de su estrato social y su partido, logró edificar una coalición entre el pueblo llano y la clase alta conservadora contra las capas medias ascendentes, utilitarias, groseras y materialistas, enemigas de la verdadera distinción y del buen gusto (Dos brillantes ensayos, 1980 & Reiners, 1968). Esta burguesía exitosa no era partidaria de suprimir jerarquías sociales y menos aun de mejorar la suerte de proletarios y campesinos, aunque usara una dilatada retórica populista, pero era muy hábil en urdir estrategias y fraguar intrigas de cierta complejidad. Por lo demás, los nuevos ricos ingleses de ideología liberal exhibían una insensibilidad social y una incompreensión de las penurias de otras clases que podían ser peligrosas a largo plazo; conformaban una oligarquía cínica dispuesta a los arreglos y a las alianzas más falaces con tal de perpetuarse en el poder (a comienzos del siglo XXI la situación no ha variado gran cosa).

Disraeli sostuvo (y no sin razón) que el predominio total del utilitarismo y la ideología del interés individual, como lo propagaban los liberales británicos del siglo XIX, podría ser tan nocivo para el ejercicio efectivo de los derechos políticos como la reacción clerical más negra. Instituciones de vieja data, como la monarquía, el parlamento (de conformación parcialmente aristocrática), la Iglesia Anglicana y la fortaleza de las élites locales constituirían factores irrenunciables de la libertad ciudadana, formada a lo largo de los siglos sin un plan premeditado; a ésto contribuirían sus mutuos controles y contrapesos. Para Disraeli, la pertenencia a la aristocracia comprendía una obligación sagrada: ayudar a los necesitados. Vislumbró acertadamente que la cuestión social no era la prioridad de la burguesía ni de los pensadores liberales ortodoxos. Propugnó una programática reformista que combinaba un sentimiento aristocrático -- un claro desprecio por los gustos y las preferencias de la pequeña burguesía y un desprecio aun mayor por la influencia corruptora de las altas finanzas -- con políticas públicas concebidas para el futuro. Disraeli, enemigo de la mediocridad y la falsa igualdad, gozó durante bastante tiempo de una notable preeminencia política porque se percató de que los valores tra-

dicionales, la intuición y la fantasía podían, en determinadas circunstancias, ser superiores a la razón instrumental. Se opuso a la economización del ámbito político, es decir a tratar la totalidad social como si fuera un gigantesco mecanismo de mercado y a los ciudadanos como si fuesen sólo agentes económicos que intentan maximizar sus ventajas competitivas. Disraeli apreciaba la nobleza terrateniente porque la consideraba un estrato social atado secularmente al suelo ("la columna vertebral de Inglaterra") y obligado por ello a preocuparse por la suerte del campo y de sus habitantes en lapsos de largo aliento histórico (Gauland & Disraeli citado en Schrenck-Notzing, 1978, pp. 56 sq., Gauland, Saint, en *ibid.* pp. 27, & Faber, 1961)¹⁰.

Una de las curiosas ventajas de la nobleza en Europa Central y Occidental consistió en elaborar estrategias para mantener la posición y la fortuna incólumbes durante siglos. Las primogeniturales, los fideicomisos, los mayorazgos y otros mecanismos conllevaban sacrificios para las líneas laterales, pero han permitido un destino bastante diferente al de las grandes fortunas en el Tercer Mundo y al de los nuevos ricos burgueses, fortunas que tienden a evaporarse después de dos generaciones. En contra de prejuicios muy difundidos, las grandes propiedades nobiliarias han sido administradas con remarcable eficiencia y con un amplio sentido social (De Villalonga, 1993, Rudè, 1980, Brunner, 1949, La crónica de Hajo Schumacher sobre la actual nobleza en la República Checa, 1994, pp. 140- 147). Pensar en largos periodos temporales es, por ejemplo, el arquetipo del *principio de responsabilidad*: es la obligación más relevante y digna, puesto que esta concepción de totalidad, que abraza la dimensión del futuro, está dirigida hacia la naturaleza y nuestros descendientes (Jonas, 1984, pp. 85, 189 sq., 197). Desde la Revolución Francesa la propaganda liberal-burguesa y poco después la socialista en todas sus variantes han popularizado la imagen de los grandes terratenientes como una clase social compuesta principalmente por parásitos, sibaritas y holgazanes, lo cual ha tenido poco que ver con la realidad -- siempre más compleja y contraria a los lugares comunes (Rosdolsky, 1972, pp. 54)¹¹. En los fragmentos que aun subsisten de la alta nobleza europea -- cada vez más reducidos y más contaminados por la mentalidad y las modas de los estratos medios -- se puede percibir un resto de aquellas virtudes

¹⁰ Antecedentes de una política conservadora reformista se hallan en los escritos dispersos y la obra inacabada de Henry Saint John, vizconde de Bolingbroke, importante estadista británico de comienzos del siglo XVIII. Cf. Alexander Gauland, *Henry St. John, 1. Viscount Bolingbroke (1678-1751)*, en: *ibid.* p. 27; y la obra clásica: Richard Faber, *Beaconsfield and Bolingbroke*, Londres 1961

¹¹ Marx estaría al margen de esta tendencia.

cívicas que hicieron grande la Roma republicana y que están contrapuestas al comportamiento de los nuevos ricos actuales: autodisciplina y moderación, austeridad en la vida cotidiana, un comportamiento estoico ante las adversidades, lealtad para con los parientes y amigos, un interés vivo por la historia y los logros culturales asociados a la propia estirpe, una participación silenciosa en obras de beneficencia pública, una discreta solidaridad con los necesitados y un claro rechazo de lo vulgar, trivial y ostentoso.

Precisamente la sociedad moderna que tiende a especializar cada actividad laboral hasta límites insospechados -- y, por ende, a enfatizar los fenómenos de alienación -- requiere de instituciones y mecanismos anticipados por los modelos aristocráticos premodernos, que daban preferencia a ocupaciones que fueran inmediatamente gratificantes, un fin en sí mismas y no meros instrumentos para otros medios. El culto del ocio (que no debe ser confundido con la holgazanería) se consagra, por ejemplo, a la autodeterminación de cada uno en el marco de una actividad no lucrativa y generalmente combina la política con el culto religioso y los placeres estéticos, lúdicos y eróticos¹². Max Weber reconoció que el juego, una de las actividades centrales de la aristocracia feudal, representa el polo opuesto de la racionalidad formal técnica y, simultáneamente, una barrera para evitar los excesos de ésta, así como el genuino lujo es una de las mejores impugnaciones del utilitarismo plebeyo. De acuerdo a Weber, el juego aristocrático tendría como meta la perfección individual y estaría estrechamente ligado al sentimiento caballeresco de la dignidad (Weber, 1964, pp. 813, 826-828, & Mitzman, 1976, pp. 212, 215-217, 220 sq., 268). Por otra parte, el “ser” -- gracia y dignidad -- constituiría el alma del código caballeresco, así como la “función” lo es del burocrático: el aristócrata que se dedica a la política vive *para* ella y no *de* ella (Weber, 1919, pp. 15 sq). De ahí se deriva manifiestamente una defensa de la auténtica aristocracia, contrapuesta a la mera élite del poder.

Además, como afirmaron *Horkheimer y Adorno*, el brillante despliegue de la cultura en Europa Occidental hasta el siglo XIX tuvo también que ver con la protección que los príncipes y los señores feudales concedieron al arte y la literatura, protección que significó libertad creativa para

los artistas y los preservó de las coerciones del mercado y del “control democrático” (1947, pp. 158). Aunque las generalizaciones son inexac-tas y hasta peligrosas, se puede decir que las aristocracias europeas han sido menos proclives al dogmatismo y más abiertas al ámbito de la ciencia y el arte que, por ejemplo, los estratos medios e inferiores del mismo periodo de tiempo. Su comportamiento ha estado más cerca del pragmatismo que de la ortodoxia. En la España de los siglos XVI y XVII, caracterizados por el fanatismo religioso, el conformismo sociopolítico y el espíritu de la Inquisición, la alta nobleza exhibió un comportamiento algo más tolerante y cosmopolita que las otras clases sociales; el bajo clero y el pueblo llano descollaron en la persecución de los judíos, en la práctica de supersticiones y en el rechazo del pensamiento científico (Arriaga, 1993, pp. 59-62). Según la investigación de *Pietschmann*, las reformas de índole protoliberal y laicista en la España del siglo XVIII fueron iniciadas, apoyadas y llevadas a cabo por una “fracción ilustrada y hasta preliberal de la vieja alta nobleza” -- encabezada por el conde de Aranda --, mientras que las llamadas clases populares persistían en cultivar normativas tradicionalistas, instigadas por la Iglesia Católica, especialmente por los jesuitas¹³.

De modo realista hay que analizar, entonces, cuáles clases altas son mejores que otras. La disolución de los regímenes comunistas a partir de 1989 ha mostrado, por ejemplo, que una buena porción de sus estratos privilegiados -- altos funcionarios del Estado y del partido, gerentes de importantes fábricas y conglomerados empresariales, intelectuales y artistas de acendrado marxismo -- se acomoda con relativa facilidad a circunstancias cambiantes; como su anhelo fundamental ha sido y es preservar sus privilegios (y no construir la sociedad justa y sin clases del mañana), estas élites se han consagrado con notable éxito a apropiarse de los medios estatales de producción y a constituirse en un nuevo estrato de capitalistas. En contra de la apología neoliberal hay que advertir que esta transformación no ha sido beneficiosa para el conjunto de la sociedad. La mayoría de esos nuevos grupos elitarios en Europa Oriental, pero también las clases empresariales surgidas durante las últimas décadas del siglo XX en

¹² Cf. Jürgen Habermas, *Die Dialektik der Rationalisierung* (La dialéctica de la racionalización), en: MERKUR. ZEITSCHRIFT FÜR EUROPÄISCHES DENKEN (Munich), vol. VIII, agosto de 1954, p. 721 sq.

¹³ Horst Pietschmann, *Carlos III (1759-1788)*, en: Walther L. Bernecker / Carlos Collado Seidel / Paul Hoser (comps.), *Los reyes de España. Dieciocho retratos históricos desde los Reyes Católicos hasta la actualidad*, Madrid: Siglo XXI 1998, pp. 172-176; para un caso particular de esta problemática (la baja Andalucía) cf. Christian Windler, *Lokale Eliten, seigneurialer Adel und Reformabsolutismus in Spanien (1760-1808)* (Elites locales, nobleza señorial y absolutismo reformista en España), Stuttgart 1992



América Latina, Asia y África han resultado ser oligarquías autosatisfechas y autoritarias, que sólo poseen una perspectiva histórica de corto aliento y cuyo mayor mérito estriba en el saqueo de fondos públicos y otros fenómenos de corrupción¹⁴. El sistema de libre mercado y hasta las concepciones liberales se ven vulneradas por las prácticas de las nuevas plutocracias capitalistas (Benegas, 1999)¹⁵. No poseen ni el buen gusto ni la moderación de las aristocracias tradicionales, ni el talento creador del empresariado protestante, ni una visión estructuradora original para toda la sociedad de la burguesía capitalista. La cleptocracia rusa, las mafias familiares del Asia Oriental y las nuevas élites en África y América Latina (Ramos, 1993), deben su posición a un acceso privilegiado al enflaquecido aparato estatal del modelo neoliberal (pero muy provechoso si se lo sabe exprimir adecuadamente), al control del poder judicial (para evitar ser sometidas a juicio y castigo) y a un pacto del silencio (que evita las intrusiones de agentes hostiles al sistema). La contribución de las nuevas élites a la consolidación democrática a partir de aproximadamente 1980 es ambigua y accidental (Higley & Günter, 1992). Por otra parte, un número considerable de privatizaciones en casi todos los países, incluyendo a los que nunca tuvieron un régimen socialista, conforma una variedad muy refinada y actualizada de negocios turbios y hasta ilícitos, en los que los beneficiarios conforman grupos semimafiosos estrechamente ligados al vilipendiado aparato estatal.

Este tipo de neoliberalismo plutocrático-plebeyo, pese a su duración, no parece ser un modelo a la altura de los tiempos ni frente a las demandas siempre crecientes del resto de la sociedad. En el Tercer Mundo las grandes fortunas no se deben, en su inmensa mayoría, a grandes inventos o mejoras tecnológicas o habilidades organizativas excepcionales (como los conocidos casos de Thyssen, Krupp, Siemens, Bosch, Mellon, Rothschild, Gates...), sino que son “tiburones al acecho” (Majul et al, 1997), esperando esquilmar al Estado o al prójimo desprevenido o a ambos.

La aristocracia hereditaria debe ser distinguida claramente de una mera *élite del poder*, que depende de los favores y las dádivas del soberano o del gobierno de turno y que por ello no puede desarrollar continuidad institucional, una ética propia y una estética diferenciable, ya que su mayor preocupación es no perder el nexo, muchas veces aleatorio e imprevisible, con el poder supremo (Maraval, 1979, pp. 8, 160, 192, 199, 256, 301 sg. Y passim, & Schröter & Büschges, 2000, passim)¹⁶. Esta élite del poder y las plutocracias contemporáneas se distinguen -- con pocas excepciones -- por su ineptitud en el ejercicio del gobierno y por su esterilidad intelectual en la formulación de políticas públicas. Estos estratos son las fuentes actuales de un mal gusto digno de toda crítica, por un lado, y de inclinaciones autoritarias, por otro. Tres peculiaridades de la antigua élite del poder en la época del absolutismo han mantenido y acentuado la alta burocracia y la plutocracia en los países del Tercer Mundo: el saqueo del tesoro público como fuente de su bienestar y opulencia, la estulticia en el manejo de los asuntos de Estado y la carencia de preocupaciones por el destino de la sociedad en el largo plazo, incluida la suerte de sus propios descendientes¹⁷.

Por otra parte, la genuina aristocracia, cuyo paradigma es la nobleza hereditaria, representa un contrapeso al mundo gris de la tecnoburocracia, demasiado uniformado y racionalizado (en sentido instrumental), precisamente debido a la característica contingente de ser miembro de la misma, a su ritos curiosos y a sus costumbres anacrónicas: un contrapeso adecuado tiene que proceder de un principio constituyente distinto y alternativo. Las aristocracias tradicionales han resultado más humanas y menos peligrosas para el destino del mundo que las nuevas élites que han emergido por “esfuerzo propio” en la segunda mitad del siglo XX. La existencia de una aristocracia hereditaria absorbería el primer lugar del prestigio social-histórico y del reconocimiento público, y así se podría mitigar, aunque sea parcialmente, las ansias de prestigio de estos grupos y desviar su energía realmente

¹⁴ Sobre el fenómeno de la corrupción masiva cf. diversos artículos en: PERFILES DEL SIGLO XXI (México), N° 79, febrero de 2000, p. 29-39

¹⁵ Sobre el rol nefasto de estas nuevas élites y su carácter antiliberal (pese a que representan los máximos usufructuarios del modelo neoliberal).

¹⁶ Sobre la existencia de una élite del poder a lo largo de la historia española (y la debilidad concomitante de la aristocracia hereditaria) (Maraval, 1979, pp. 8, 160, 192, 199, 256, 301 sg y passim); para el caso hispanoamericano a fines de la era colonial cf. Schröter & Büschges (2000, passim).

¹⁷ Los estudios actuales en tornos a clases altas se limitan a aspectos como legitimación democrática y desempeño técnico de las élites funcionales modernas, y no a los problemas aquí mencionados. Sería vano buscar algún análisis sobre la ética y la estética -- o la falta de ellas -- relativas a las élites contemporáneas. Cf. un buen resumen (con bibliografía): Peter Waldmann, *Elite / Elite-Theorie* (Elite / Teoría de élites), en: Dieter Nohlen / Rainer-Olaf Schultze (comps.), *Politikwissenschaft* (Ciencia política), vol. I de: Dieter Nohlen (comp.), *Pipers Wörterbuch zur Politik* (Léxico Piper de política), Munich/Zurich: Piper 1985, pp. 181-183

asombrosa (incluida su capacidad de corromper a la sociedad y sus inclinaciones autoritarias) hacia otras metas más inofensivas.

En todo el Tercer Mundo -- y, en realidad, hasta en las naciones más desarrolladas -- la democracia representativa, unida a la economía de libre mercado, está conducida por élites y partidos políticos, cuya competencia técnica, cualidades morales y hasta *common sense* han resultado ser bienes notablemente escasos. No parece que esta situación vaya a cambiar en el futuro inmediato. Pese a la creciente abstención electoral y al descontento difuso y anómico que aumenta sin cesar en América Latina, todavía no parece que esta constelación sea percibida como realmente grave por la mayoría de la población, que se empeña en elegir libremente a gobernantes y grupos políticos de dudosa calidad. La carencia de competencia técnica, cualidades éticas y hasta *common sense* entre los estratos dirigentes tiene su correlato en la ingenuidad, maleabilidad y falta de realismo (expectativas demasiado elevadas) entre las capas sociales medias y bajas de casi todas las sociedades. Este parece representar uno de los dilemas mayores del siglo XXI. La ciencia política difundida en América Latina y su corriente predominante hoy en día (la tendencia *institucionalista*) pasan generosamente por alto el problema de la *calidad intelectual y ética* de los grupos dirigentes que implementan las reformas modernizadoras, introducen la economía de libre mercado, consolidan las democracias y asumen los gobiernos respectivos. En un famoso pasaje de su crítica de la utopía platónica, *Sir Karl R. Popper* censuró con argumentos de mucho peso la famosa concepción del rey filósofo, es decir la doctrina de que los que poseen sabiduría y moralidad deben gobernar su comunidad respectiva, y hacerlo sin limitaciones legales. La cuestión clásica contenida en la *Politeia* de Platón: “¿Quién debe gobernar?” debería ser substituida, según Popper, por la pregunta más compleja y más realista: “¿Cómo podemos organizar nuestras instituciones políticas de modo que a los gobernantes malos o incompetentes les sea imposible ocasionar daños demasiado grandes?” (Popper, 1957, pp. 170). Conociendo las debilidades de la humanidad y la calidad habitual (muy baja) de los políticos, Popper propuso modificar y fortalecer la esfera institucional para que la nave del Estado funcione de manera pasable aun cuando la clase política no alterase sus (malas) prácti-

cas consuetudinarias. Pero la base de su argumentación va más allá. Platón, los marxistas, los fascistas y los totalitarios de toda laya han presupuesto que el poder político, por su mera esencia, es un fenómeno que no debería estar sometido a ningún control y a ninguna frontera; la soberanía del poder debería ser irrestricta. El rey filósofo o el partido omnisciente en funciones gubernamentales sabrían lo que es conveniente para la sociedad respectiva; limitaciones de sus prerrogativas representarían ataduras y obstáculos para una política acertada *per definitionem*. Ante el peligro totalitario Popper apoyó con entera razón una estrategia *institucionalista*. Pero después de innumerables intentos de establecer una democracia representativa y pluralista en las naciones del Tercer Mundo, aunada a una economía de libre mercado, se conoce que el problema es todavía más complejo. Salvo algunas y loables excepciones, el modelo democrático-capitalista en las periferias mundiales viene acompañado por una ola de corrupción, mediocridad y descrédito que hace temer por su estabilidad a largo plazo; estos factores negativos tienen que ver en la mayoría de los casos con la calidad intelectual y ética de los grupos dirigentes, y no sólo con carencias institucionales que podrían ser enmendadas mediante una adecuada ingeniería política. Es por ello indispensable analizar el carácter y las actuaciones de esas élites, y compararlas con el desempeño histórico de las aristocracias hereditarias.

Tendencias intelectuales del presente son altamente favorables a esa evolución signada por la corrupción y la mediocridad. El elogio del cinismo, la celebración del “todo vale”, la postulada separación entre política y moral, la equiparación del talento con la necedad y otras lindezas asociadas con las modas intelectuales del día han preparado el actual clima de laxitud ética, irresponsabilidad colectiva y resentimientos antiaristocráticos: así como la modernidad burguesa estuvo vinculada al liberalismo, la “cultura” postmodernista parece corresponder a la actual democracia de masas (Kondylis, 1991, pp. 287)¹⁸. Las élites actuales del poder parecen florecer en medio de este ambiente de “cultura popular”. Los políticos profesionales son personas con un nivel cultural bastante limitado y con un horizonte de anhelos muy restringido: *potestas, pecunia y praestigium*¹⁹. Precisamente en el marco de la democracia de masas, los políticos intentan

¹⁸ Sobre la diferencia fundamental entre liberalismo y neoliberalismo cf. el número monográfico de METAPOLITICA. REVISTA TRIMESTRAL DE TEORIA Y CIENCIA DE LA POLITICA (México), vol. 2, N° 6, abril/junio de 1998

¹⁹ Poder, dinero y prestigio conforman desde la Antigüedad clásica los valores normativos de los políticos que exhiben propensiones anti-aristocráticas y dicen representar los intereses de grupos emergentes de los estratos medios y bajos. *Prestigio* abarca también el significado de fascinación mágica, ilusión y hasta engaño -- además del de autoridad o reputación --, atributo muy importante para los políticos de todas las épocas y latitudes.



asimilarse a los presentadores de televisión y a los expertos en relaciones públicas, excluyendo todo indicio de intelectualidad, espíritu crítico y responsabilidad social. Sus escasos conocimientos son poco fundados, circunstanciales, fácilmente reemplazables; su máxima habilidad consiste en vender en el momento adecuado -- y a buen precio -- esas modestas destrezas a un público ingenuo que tampoco exige gran cosa de ellos.

El meollo del problema es profundo y rebasa los límites del Tercer Mundo. Tiene que ver precisamente con un proceso mundial de democratización acelerada, con una fiebre consumista que no reconoce limitaciones y con una declinación de las antiguas aristocracias y, sobre todo, con una decadencia de los valores encarnados por ellas, entre los que se encontraban la austeridad, el fomento de la alta cultura, la mesura en el ejercicio del poder y la planificación de largo aliento. La clase política contemporánea, hija de grupos ambiciosos ascendientes de los estratos medios, a quienes escrúpulos éticos y estéticos les son indiferentes, no poseen las cualidades que hicieron grandes las naciones de Europa Occidental y que estaban vinculados a los valores normativos de sus clases altas tradicionales. Las élites contemporáneas son aburridas y hasta estériles porque les falta la independencia que tenían los aristócratas, los grandes burgueses fundadores de empresas y los inventores convertidos en empresarios. Actualmente los propietarios de los medios de producción han sido desplazados por los gerentes, directores y administradores, de los cuales no se esperan visiones y soluciones para los retos del futuro (Teorema de James Burnham, *L'ère des*, 1969, pp. 117 sqq., Dos brillantes ensayos sobre Disraeli, 1980, t. I, p. 51, nota al pie de página 84)²⁰.

Las élites actuales, como observó *Fromm*, se comportan como las clases medias en su versión subalterna: ven los mismos programas de televisión, leen -- si es que leen -- los mismos periódicos, tienen apego por las mismas normativas, por los mismos gustos estéticos: la diferencia es cosa de cantidad y no de calidad (citado en, De Tocqueville, 1969, pp. 33). La élite política alemana actual, aseveró *Enzensberger*, está exenta de aspectos como placer, opulencia, generosidad, fantasía, sensualidad, magnificencia, pompas y galas; su máximo lujo es el lujo plástico de las tarjetas de crédito. Es un poder frío, burocrático y tedioso. Los empresarios más poderosos no

poseen consciencia de clase, no tienen un estilo propio y diferenciable de otros estratos sociales, no imponen criterios relevantes para la conformación de la esfera pública. Un buen cocinero vale tanto como un ministro, y un entrenador de fútbol es más importante que un príncipe. En lugar del genio hoy es celebrada la estrella de televisión; la cultura se ha transformado en un aderezo ligero para amenizar los programas de los medios masivos de comunicación (1991, pp. 128 sq., 263, 271). De acuerdo a Paz, los políticos de Occidente han exhibido "una mezcla suicida de miopía y cinismo. Han asido agresivos con los débiles y mansos con los poderosos y arrogantes" (1981, pp. 286). Para *Enzensberger*, los políticos profesionales en las democracias contemporáneas se caracterizan por una energía indomable de índole perversa y por la incapacidad de aprender algo nuevo con respecto a sus prácticas consuetudinarias; su cinismo es tan grande y tan profundo que nunca llegan a preguntarse si tal vez han actuado equivocadamente o si han violentado principios elementales de ética (1991, pp. 127, 135). El trajín incesante en torno a lo cotidiano, la diligencia y prontitud en hacer prosperar los intereses propios, el entusiasmo por lo trivial y el esmero por detalles insignificantes se contraponen al descuido de aspectos éticos y estéticos y a la indiferencia ante el destino de la sociedad a largo plazo que practican los mismos políticos.

En la esfera de las modas, los gustos y las costumbres, lo que ha triunfado a escala mundial es la normativa de los estratos medios, las convicciones de la pequeña burguesía, entendida ésta última no tanto como una capa social claramente discernible, sino como una mentalidad. No se trata, como escribió *Enzensberger*, de una clase con consciencia de sí misma, ya que es incapaz de actuar colectiva y solidariamente y de señalar criterios de relevancia histórica o política. Son dilatados grupos sociales de ingresos medianos y educación técnico-burocrática que se adaptan fácilmente a un entorno cambiante o a una nueva dimensión socio-económica; adoptan con igual celeridad los paradigmas que provienen de otros ámbitos (*Enzensberger*, 1985, pp. 199, 201, 203 sqq.). Pero esta pequeña burguesía logra imponer exitosamente y a nivel mundial su versión de la cultura cotidiana, sus inclinaciones de vestimenta, diversión, diseño y habla -- su moralidad o su falta de ella. Las clases altas le han cedido la iniciativa en todos los campos

²⁰ (Teorema de James Burnham, *L'ère des*, 1969, pp. 117 sqq.) - Según algunos marxistas, esta tesis fue anticipada por Karl Marx. Cf. Roman Rosdolsky (Dos brillantes ensayos sobre Disraeli, 1980, t. I, p. 51, nota al pie de página 84).

-- empezando por cuestiones de estilo --, y su predominio ha sido consolidado por la expansión de la tecnología y mediante la marcha victoriosa del *American way of life*. Las élites se destacan hoy solamente porque disponen de más dinero: han abdicado todas sus funciones normativas en favor de los estratos medios. No tienen ningún prestigio fuera del campo económico; los títulos y los rangos han perdido todo valor. El sitio de la fama, del honor y la distinción lo ocupa hoy una efímera presencia en los medios masivos de comunicación, sobre todo en la televisión. Ser prominente no significa en la actualidad ser admirado, respetado o venerado, sino poseer la destreza de divertir fugazmente al público. En lugar del verdadero genio artístico, por ejemplo, se aprecia ahora mucho más al especialista en reproducir trastos fácilmente vendibles y comprensibles (Enzensberger, 1991, pp. 263). Hasta el lujo ha sido desvirtuado por su popularización y democratización: ya no sirve como mecanismo de distinción o signo de superioridad. En la era del consumo masivo los bienes que merecen el calificativo de lujosos son en realidad el disponer de espacio y tiempo, la tranquilidad, la seguridad en un mundo de criminalidad creciente y el libe-

rarse del tráfico, de los muchos compromisos y de la tiranía de la agenda (Enzensberger, 1999, pp. 143-161)²¹. Todos ellos elementos representan factores típicos del mundo premoderno.

En un ensayo poco conocido, *Dahrendorf* se preguntó porqué la modernidad conlleva la posibilidad de una terrible barbarie y porqué países como Gran Bretaña han desplegado durante el siglo XX una afinidad muy reducida hacia fenómenos como el fascismo, el nacionalismo y el comunismo. Según su teorema, ésto se debería a una modernización incompleta: Gran Bretaña habría sido la primera sociedad en introducir el Estado de Derecho y una amplia vigencia de los derechos humanos, pero habría conservado instituciones contrapuestas a la usual legitimación moderna democrática, como la Cámara de los Lores, la *High Church* anglicana, el *Civil Service*, el sistema universitario y, sobre todo, la presencia de la antigua aristocracia en el campo cultural. Esta influencia habría sido decisiva a la hora de crear y consolidar valores de orientación: las normativas aristocráticas constituirían un dique contra la posibilidad de regresión y barbarie que está contenida en la modernidad democrática (1996, pp. 197 sq.).

Referencias

- Arriaga, R. (1993). *Grandeza y decadencia de España en el siglo XVI*. (pp. 59, 62). México: Porrúa.
- Badia, J. (1975). Teoría de la Instaura, desde el punto de vista del derecho Constitucional a la monarquía parlamentaria española actual, en: *Revista de Estudios Políticos* (No. 13, 1980, enero/ febrero). Madrid.
- Benegas, A. (1999). *Las Oligarquías reinantes*. Buenos Aires: Atlántida.
- Bottomore, T.B., & Rubel, M. (1965). Marx's Sociology and Social Philosophy, en: *Karl Marx, Select Writings in Sociology and social Philosophy*, compilación de T.B. Bottomore & Maximilien Rubel (pp. 17-43). Penguin: Harmondsworth.
- Burke, E. (1910). *Reflections on the French Revolution and other Essays*. Londres: Passim.
- Briceño, J.M. (1994). *El Laberinto de los tres minotauros*. (pp. 184 sq.). Caracas: Monte Avila.
- Brunner, O. (1949). *A deliges Landleben und europaischer Geist* (Vida de campo de los nobles y espíritu europeo). Salzbrugo.
- Chevallier, J, & Planer, D. (1966). *Utopisten. Die grossen politischen ideen*. Frankfurt: Scheffler.
- Dahrendorf, L.R. (1996). Widerspruche der Modernitat (contradiccion), en : *Max Müller 7 Hans- Georg Soffner (comps.), Modernitat und barbanei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*. (Modernidad y Barbarie. Diagnóstico sociológico hacia fines del siglo XX, pp. 197 sq.). Frankfurt: Suhrkamp.
- _____ (1999). En, *Der Uberblick* (Vol 35, No. 4, diciembre, pp. 64-66). Hamburgo.

²¹ En el fondo el lujo sería la huida de la monotonía y del agobio de la vida.



- De Tocqueville, A. (1969). *Der alte Staat und die Revolution* (El antiguo régimen y la revolución, "(1856), pp. 20). Reinbek: Rowohlt.
- De Tocqueville, A. (1969). *Der alte Staat und die Revolution* (El antiguo régimen y la revolución (1856): *Sobre la administración del Lanquedoc* (pp. 182-190). Reinbek: Rowohlt.
- De Tocqueville, A. (1969). *Der alte Staat und die Revolution* (El antiguo régimen y la revolución (1856): *Sobre la participación de la nobleza en la formulación de los derechos humanos en la Asamblea de 1789* . (pp. 222-230). Reinbek: Rowohlt.
- De Villalonga, J. (1993). *El gentilhombre europeo*. Barcelona: Tusquets.
- Elias, N. (1969). *Die höfische Gesellschaft. Untersuchungen Zur Soziologie des Königtums und der höfischen Aristokratie* (La Sociedad Cartesiana. Investigaciones sobre la monarquía y la aristocracia cartesiana, pp. 68 sq.) Neuwied/Berlin: Luchterhand.
- _____ (1980). Dos brillantes ensayos sobre Disraeli: Sir Isaiah Berlin, Benjamin Disraeli, Karl Marx and the Search for Identity, en: *Berlin, Against the Current. Essays in the History of Ideas* (pp. 252-286, pp. XXXVIII). Londres: Hogarth.
- Enzensberger, H. (1985). Von der Unaufhaltsamkeit des Klein Eine Soziologische Grille. (sobre el carácter imparable de la pequeña burguesía sociológico [1976], pp. 199, 201, 203 sqq.), en: *Enzensberger, Politische Brosamen* (migajas políticas). Frankfurt: Suhrkamp.
- Enzensberger, H. (1991). *Mittelmass und Wahn. Gesammelte Zerstreungen*. (mediocridad y delirio. Distracciones reunidas, pp. 128 sq., 263, 271). Frankfurt: Suhrkamp.
- Enzensberger, H. (1999). Luxus – Woher, und wohin damit? Reminiscenzen an den Überfluss (Lujo -- de dónde y a dónde con él? Reminiscencias e la profusión, pp. 143, 161), en: *Enzensberger, Zockzack* (zigzag), Frankfurt: Suhrkamp.
- Faber, R. (1961). *Beaconsfield and Bolingbroke*. Londres.
- Franqui, C. (1981). *Retrato de familia con Fidel*. (pp. 518). Barcelona: Seix Barral.
- Friedrich, G. (1968). *Grundlinien der Philosophie des Rechts oder Naturrecht und Staat swissenschaft im Grundrisse* (Lineamientos de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del gobierno 81821) compilación de Löwith, k & Riedel, M., pp. 276). Frankfurt: Fischer.
- García, M. (1990). La forma monárquica en el artículo 1.3 de la Constitución española, en: *Debate Abierto* (No. 3, otoño / invierno, pp. 9- 40).
- Higley, J. & Gunter, R. (1992). *Elites and democratie Consolidation in latin America and Southern Europe*. Cambridge: Cambridge U.P.
- Horkheimer, M. & Adorno, T. (1947). *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente* (Dialéctica del iluminismo, Fragmentos filosóficos, pp. 158). Amsterdam: Querido.
- Irurozqui, M. (1994). *La armonía de las desigualdades: élites y conflictos de poder en Bolivia, 1880- 1920*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".
- Jonas, H. (1984). *Das Prinzip Verantwortung Zivilisation* (El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica [1979], pp. 85, 189 sq., 197). Frankfurt: Suhrkamp.
- Kondylis, P. (1991). *Der Niedergang der burgerlichen Denkung Lebensform. Die liberale Moderne* (la decadencia de las formas burguesas de pensamiento y vida. La modernidad liberal y el post modernismo de la democracia de masas, pp. 287). Weinheim: VCH.
- _____ (1994). La Crónica de Hajo Schumacher sobre la actual nobleza en la República Checa: "Wilkommen, Herr Graf" (Bienvenido, señor Conde"), en: *Der Spiegel* (No. 35, 1994, pp. 140-147). Hamburgo.
- Locke, J. (1967). *Zwei Abhandlungen über die Regierung (1690)*. (Dos tratados sobre el gobierno, pp. 57- 195, 234- 282). Frankfurt: EVA.
- Majol, L et al. (1997). *Los nuevos ricos de la Argentina: Tiburones al acecho*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Maraval, J. (1979). *Poder, Honor y élites en el siglo XVII*. (pp. 8, 160, 192, 199, 256, 301 sq. Y passim). Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. (1964). *Die frühschriften: Kritik der Hegelschen Staatsphilosophie* (Estudios tempranos: Crítica de la filosofía del Estado de Hegel, compilación de Siegfried Landshut, pp. 126). Stuttgart: Kröner.
- _____ (1998). *Metapolítica. Revista Trimestral de Teoría y ciencia de la Política* (vol. 2, No. 6, abril / junio). México.
- Michels, R. (1970). *Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie. Untersuchungen über die oligarchischen Tendenzen des Gruppenlebens*. (Sociología de los partidos en la democracia moderna. Sobre las tendencias oligárquicas de la vida grupal 81911), pp. 25). Stuttgart: Kroner.
- Mitzman, A. (1976). *La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber* ([1969], pp. 212, 215- 217, 220 sq., 268). Madrid: Alianza.
- Molnar, T. (1970). *El utopismo. La herejía perenne*. (pp. 142 sqq., 207 sqq.). Buenos Aires: EUDEBA
- Moore, B. (1974). *Soziale Ursprünge von Diktatur und Demokratie. Die Rolle der Grundbesitzer und Bauern bei der Entstehung der modernen Welt* (Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. El rol de los terratenientes y los campesinos en el surgimiento del mundo moderno, pp. 477 sq.). Frankfurt: Suhrkamp.

- Paz, O. (1981). *El ogro filantrópico*. (pp. 286). Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (1983). *Tiempo nublado* (pp. 178). Barcelona: Seix Barral.
- _____. *Perfiles del Siglo XXI*. (No. 79, febrero de 2000, pp. 29-39).
- Ramos, J. (1993). *Los de arriba: la cultura y ejercicio del poder entre los mexicanos*. México: Planeta.
- Popper, K. (1957). *Die Offene Gesellschaft und ihre Feinde: Der Zauber Platons*. (La sociedad abierta y sus enemigos: El encanto de Platón [1944], vol. I, pp. 170). Munich: Francke.
- Primarvernañdez- Fontecha, & De Armiñan y de la Serna, P. (). *La monarquía y la Constitución: Ramón Cotarelo, la jefatura del Estado en el Sistema Político español*, en: *Debate Abierto. Revista de Ciencias Sociales* (No. 2). Madrid: Civitas.
- Reiners, L. (1968), *Roman der Staatskunst* (La novela del arte de gobernar). Munich.
- Rendtorff, T. & Todt, H. (1968). *Theologie der Revolution. Analysen und Materialien*. (Teología de la Revolución. Análisis y materia., pp. 16, 34).
- Rodel, V. (1990). El farragoso ensayo de Michel Gauchet, Tocqueville, Amercia und wir. Über die Entstehung der demo (Tocy nosotros. Sobre el origen de las Sociedades democráticas), en: *Autonome Gesellschaft und libertäre Demokratie* (sociedad autónoma y democracia libetaria, pp. 123- 206). Frankfurt: Suhrkamp.
- Rosdolsky, R. (1972). *Entstehungsgeschichte des Marxschen "Kapital"*. *Der Rohentwurf des Kapital 1857- 1858* (Sobre el origen de "El Capital" de Marx. El esbozo de 1857- 1858, t I, pp. 54). Frankfurt: EVA.
- Rudé, G. (1980). *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*. Madrid: Alianza.
- Sabine, G. (1996). *A History of Political Thought* (pp. 608-618). Londres: Harrap.
- Schrenck- Notzing, C. (1978). *Konservative Köpfe* (cabezas Conservadoras, pp. 63-74). Munich: Criticon.
- Schroter, B. & Buschges, C. (2000). *Beneméritos, aristócratas y empresarios. Identidades y estructuras sociales de las capas altas urbanas en América Hispánica*. (passim). Madrid/ Frankfurt: Vervuert Iberoamericana.
- _____. (1969). *Teorema de James Burnham, L'ère des organisateurs* ([1941], pp. 117 sqq.). París: Calmann- Lévy.
- _____. (1997). Una opinión divergente: Mario Vargas Llosa, Diana O la caja de los truenos, en: *La Razón (La Paz)* (septiembre, 7, pp. A/).
- Verdú, P. (comp.(1986). *La corona y la monarquía parlamentaria en la Constitución de 1978*. Madrid: Universidad Complutense.
- Weber, M. (1964). *Wirtschaft und Gesellschaft grundis der verstehen*. (Economía y Sociedad [1921], pp. 164, 218, 723 sqq.). Colonia / Berlin: Kiepenheuer & Witsch.
- Weber, M. (1958). *Politik als Beruf*. (Política como profesión [1919], pp. 62 sq). Berlin: Dunker & Humblot.



"Ella"
30 x 40 cms